



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11278

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 9 DE JUNIO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MARIA A. TUBAU

ABONO DE 6 FUNCIONES

VARIOS ESTRENOS

GRAN EXITO

TEATRO PRINCIPAL

LA CORTE DE NAPOLEON

LOS PROYECTOS DE HACIENDA SEGUN EL MENSAJE

Atribúyese al ministro de Hacienda la paternidad de los párrafos que en el Mensaje se dedican á los proyectos económicos

Esos párrafos han producido alguna sensación en la Bolsa, y hasta se han colizado en baja

El *Necker* de la regencia dice en el Mensaje:

«El más apremiante y difícil entre los empeños que vuestro mandato os impone, es el de ordenar la Hacienda pública, liquidando las cargas de guerras y desastres, y atendiendo á los recursos ordinarios y permanentes, mediante una enérgica y severa política de nivelación. Inspirado mi gobierno en ese propósito, ha de pedir, con vuestro concurso, al país sacrificios dolorosos, pero distribuidos con equidad entre todas las clases del Estado.

Con los presupuestos generales se os someterán varios proyectos que tienen por objeto liquidar las obligaciones originadas por la pérdida de nuestros dominios y por las campañas coloniales,

reorganizando algunas Deudas, reformando rentas públicas y creando otras nuevas, obedeciendo en conjunto tales proyectos al pensamiento de que queremos y podemos hacer fundamentos esenciales de nuestra política, la sinceridad de nuestro presupuesto y nuestra solvencia

La sensatez y la resignación admirables que este pueblo ha mostrado para los sacrificios de la guerra, las acreditará de igual suerte para los que impone la paz, porque sabe y siente que los momentos son críticos, y que un esfuerzo persistente y juicioso, restaurando el crédito y abaratando el capital, le proporcionará las condiciones de la vida económica moderna y le permitirán recobrar en pocos años el terreno perdido en más de un siglo.»

Pidense al país sacrificios dolorosos y entendemos que el adjetivo no está bien aplicado. Este país no siente ya ni padece; tiene atrofiado el corazón. Si sintiera, ya habría castigado con mano fuerte á los causantes del duelo de 100.000 familias, de la pérdida de sus dominios y colonias, del deshonor del ejército y de la ruina de su Hacienda. Ahora ya no se trata de excitar su dolor moral, sino de

exigirle nuevos sacrificios pecuniarios.

Y vamos á los proyectos.

Tienen—dice el Mensaje—por objeto liquidar las obligaciones originadas por la pérdida de nuestros dominios y por las campañas coloniales, es decir, liquidar las Deudas de Cuba y Filipinas, los derechos de las clases activas y pasivas de Ultramar, la emisión de obligaciones de Aduanas, los pagarés del Tesoro, etc., etc. ¿Y donde hay dinero para la liquidación? No, tampoco es esta la palabra; pues del texto se deduce que esas obligaciones las va á liquidar Villaverde, reorganizando algunas Deudas, reformando rentas públicas, creando otras nuevas, y acreditando ante los extranjeros nuestra solvencia. Esto sobre todo. ¡Cuidado con tocar al exterior! Pueden atropellarse todos los derechos de los españoles, con mengua de la equidad de que más arriba se blasona; pero hay que respetar al capital israelita y además pagarle sus intereses en oro. Esto, esto es discurrir, y á esto se llama solvencia. Están equivocados los que suponen que una Hacienda es solvente cuando puede pagar todas sus obligaciones y que no lo es cuando, para satisfacer á unos acreedores, despoja á los demás. Si, están en un error los que así piensan.

Tratarase de un particular que pretendiera pagar íntegramente á unos acreedores y burlar á otros, iguales en derechos, y la ley le obligaría á declararse en quiebra. Pero tratándose de España, donde la responsabilidad ministerial es letra muerta, ¿quién se atreve á sostener que no es solvente aunque se someta á diferente trato, en contra de la equidad y de la ley, á los tenedores de sus Deudas? Tal es la teoría del Sr. Villaverde, tan aficionado á ellas. Lo que para los extranjeros es privilegio y para los españoles despojo, para él es solvencia, aunque en el mundo

financiero eso que pretende se denomine SUSPENSIÓN DE PAGOS, ó sea BANCARROTA disimulada.

Es verdad que para asegurar esa solvencia cuenta, según el Mensaje, con la sensatez y la resignación del pueblo, es decir, con la mansedumbre, la ignorancia, la postración y el escepticismo político de los españoles.

Pero también pudiera salirle errada la cuenta, y suceder que despertara el león...

TIJERETAZOS

Los amigos del capitán Dreyfus preparan á éste un gran recibimiento á su llegada á Francia.

Es cosa muy natural y sobre todo justa. Al hombre á quien creyéndolo culpable, se sometió á la vergüenza de la degradación y al martirio de vivir sólo, lo menos que se le debe es un público desagravio.

Pero Dreyfus tiene enemigos y ya verán ustedes como padece la justicia por causa de cuatro caballeros que gozan, propagando el escándalo.

Por lo pronto ya han promovido alboroto en París y han querido pegar á Loubet.

En llegando el prisionero de la isla del Diablo, se viene el mundo á tierra y se arma un lío de todos los demonios.

Dice un periódico:

«En Peñaranda de Bracamonte, al hacer el derribo de un vetusto edificio, han sido halladas multitud de pelucas de Carlos III, que fueron recibidas con el natural júbilo.»

En Peñaranda había de ser.

Allí han ido los dineros y la riqueza de España que se disputan con saña los señores usureros.

A un huésped de una fonda de Santander, le quitaron el otro día, mientras reposaba, la levita y los pantalones.

Todavía hemos de ver como los señores cacos desnudan en la vía pública á los vecinos honrados, sin que se apereiban éstos

de secuestro de los trapos; porque avanza tanto el arte en los tiempos en que estamos, que ya hay ladrón que le roba á un caballo desbocado las herraduras, la silla, la serreta y el bocado.

Ahi va eso:

«Joven, serio y formal, se casará con soltera ó viuda, sola ó con familia, que tenga algo de capital.»

Eso, eso, que tenga dinero.

Lo demás importa un pepino y no hay que mentarlo.

¿Que la mujer es feucha y la negra es una harpia?

Eso es una bobería si está repleta la hucha.

Crónica Madrileña

Nubes plomizas empañaron la luz esplendente de los hermosos días de Junio, y el del Corpus, que se luce más que el sol, según el dicho popular, dando un mentís á medias á tan encomiástica alabanza, quedó envuelto en grisáceas cendales hasta las primeras horas de la tarde. Cayeron unas gotitas y al desahogar las nubes su lloro, plegaron sus gasas obscuras, hicieron más claro y diáfano el cielo y dieron paso á esa luz hermosa con rojas tonalidades de arrebol.

Pero ante los amagos de que una lluvia abundante pusiera en remejo sobrepellices y hubiera ducha general para el público, la autoridad eclesiástica suspendió la procesión.

¡Qué lástima! ¡Cuanto lo habrán sentido los madrileños! ¡Ahi es nada quitarle fiesta tan tradicional, siquier haya quedado tan restado su antiguo esplendor!

El haz oloroso, fragante, mastio rindió su lozanía á la desgracia de no servir de artístico adorno á su dueña: el clavele, la violeta, la rosa no adornaron el pecho ni se posaron en la cabeza de la gente madrileña. Con mantilla de mudroños con su gracia andaluza, el velo de blonda de primorosos calados, el vestido negro de soda, eleginto severo... toda la típica indumentaria femenina ha quedado guardadita en la cómoda en espera de otro Corpus más

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

299

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

298

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

295

—Un gentilhombre de su majestad, llamado monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—¿Y le habeis matado con bastante autoridad para ello?

—Si señor.

—¿Y por qué le habeis matado?

—Como reo de lesa majestad.

—Sea como quiera, y en tanto probais lo que decís, os prendo.

—Vos no podeis prenderme en estos momentos, por mas que yo confiese que he matado á Mr. Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—¿Y querreis decirme por qué no prendo yo prenderos? dijo montado ya en cólera el alcalde.

—Mirad este papel, dijo Bizarro, sacando uno del bolsillo, y acatad la real orden que contiene, como es obligación de todo buen vasallo.

El alcalde tomó el papel; le desdobló, y rió que decía así:

«El rey:—Nadie podrá prender ni detener, ni estorbar lo que pretendiere hacer, ni por lo que hubiere hecho persignarle ni prenderle, á José Diaz, alias Bizarro, mi picador, mientras tuviere en su poder esta mi real orden, sino que le prestará auxilio si le hubiere menester.—En nuestro alcázar de Madrid á 21 de Agosto de 1705.»

—¿Cómo!... ¡qué!... ¡señor!... dijo Sinforoso: ¿y tendríais valor para sujetarme á la cuestion del tormento?

—En el tormento se habla lo que se sabe; y yo necesito saber lo que ha sucedido esta noche en el cortijo de los Colmenares.

—Dejad en paz á ese pobre hombre, señor alcalde, dijo una voz en lo alto de las escaleras.

Poco despues, un hombre formaba parte del grupo compuesto por el alcalde, el sacristan y Malegarde.

—Ese, ese es, dijo Malegarde, José Diaz, el gitano.

—¿Y qué os importa á vos que yo sea ó no sea José Diaz, gitano ó no? dijo con imperio Bizarro.

—Pareceme que sois demasiado insolente, dijo el alcalde, irritado por la altivez de Bizarro.

—Hablo como puedo, dijo este: si vos sois aquí ministro de justicia, yo lo soy tambien.

—¿Que sois vos ministro de justicia! dijo con una dura extrañeza el alcalde.

—Si por cierto, contestó Bizarro.

—¿Y como ministro de justicia habeis matado á un hombre.

—Si señor.

—¿Y quién era ese hombre?

Sobre todo, quien debe saber lo que yo no sé, es Sinforoso, el sacristan de Taracena, que fué quien llamó á mi ventana, y por el cual salí yo de la casa.

—¿Y por qué dijisteis que el gitano había venido solo?

—Porque Sinforoso me pidió que no dijese que él había venido con el gitano, y yo no creí que hubiese mal alguno en hacer lo que me pedía Sinforoso.

—Pues vamos á Taracena, dijo el alcalde, y veremos lo que hay en esto: señor capitán, quedaos guardando este cortijo, y que no salga de él persona alguna, ni aun los médicos que vengan; y dadme cuatro soldados para que aseguren este preso.

—Pues qué, ¿voy yo preso? dijo Matías.

—Necesariamente, contestó el alcalde; y dejaos de réplicas, porque podría aconteceros mal: vos, que según parece, conocéis á ese gitano, añadid el alcalde, dirigiéndose á Malegarde, acompañadme á Taracena

IX

Los cuatro soldados y Malegarde montaron á caballo, montó en su mula el alcalde, y tomaron el camino de herradura que desde el cortijo conducía á Taracena, á cuyo lugar llegaron á la media hora de marcha.